

V

APARICIÓN DE LOS LIBROS DE CABALLERIAS INDÍGENAS.—EL CABALLERO CIFAR.—ORÍGENES DEL «AMADÍS DE GAULA».—LIBROS CATALANES DE CABALLERÍAS: CURIAL Y GÜELFA, «TIRANTE EL BLANCO».—CONTINUACIONES DEL «AMADÍS DE GAULA».—CICLO DE LOS PALMERINES.—NOVELAS CAVALLERESCAS SUELTAS.—LIBROS DE CABALLERÍAS A LO DIVINO.—LIBROS DE CABALLERÍAS EN VERSO.—DECADENCIA Y RUINA DEL GÉNERO A FINES DEL SIGLO XVI.

Aunque la opinión común, expresada ya por Cervantes en el donoso escrutinio de la librería de don Quijote, da por supuesto que fué el *Amadís de Gaula* el primer libro de caballerías que se escribió en España (1), afirmación que puede ser verdadera si se refiere a los orígenes remotos de la célebre novela, hay que considerar que la época de la composición del *Amadís* es muy incierta y que hasta ahora el más antiguo libro de caballerías con fecha conocida es *El Caballero Cifar*, que pertenece sin disputa a la primera mitad del siglo XIV. En un largo prólogo que falta en la edición sevillana de 1512 (2), pero que se halla en los dos códices de París y Madrid, únicos que se conocen de obra tan rara (3), comienza el autor hablando del jubileo de 1300 y de la ida a Roma del arcediano Ferrand Martínez, que trasladó a Toledo el cuerpo del cardenal don Gonzalo García Gudiel, fallecido en 4 de julio de 1299. Por tratarse del primer cardenal que recibía sepultura en España, y por las dificultades que hubo que vencer en Roma para lograr la entrega del cadáver, se dió mucha importancia a este suceso, y el autor refiere muy prolijamente cómo salieron a recibirle en Burgos el rey D. Fernando IV y su madre

Uero Guarino llamado Mesquino la qual se imprimio en la muy noble y muy leal cibdad de Sevilla en casa de Andres de Burgos. En el año de nuestro Señor Jesu Christo d mil y quinientos e XLVIII a diez dias de mayo.

El traductor fué, según en la dedicatoria se declara, Alonso Hernández Alemán, vecino de Sevilla. La primera edición es la de Sevilla, 1512, citada en el *Registrum* de D. Fernando Colón.

Sobre la leyenda del Paraíso de la Reina Sibila vid. Gastón Paris, *Légendes du Moyen Age*, París, 1903, pp. 66-111.

(1) Propiamente lo que dice Cervantes es que fué el primero que se imprimió, y esto todavía parece más dudoso, porque del *Amadís* no se conoce edición anterior a 1508. Los dos libros de caballerías más antiguos que hasta ahora conocen los bibliógrafos son el *Tirant lo Blanch*, de Valencia (1490), y el *Baladro del sabio Merlin*, de Burgos (1498).

(2) *Cronica del muy esforçado y esclarecido cavallero Cifar nuevamente impresa. En la qual se cuentan sus famosos fechos de cavalleria. Por los quales e por sus muchas e buenas virtudes vino a ser rey del reyno de Menion. Assi mesmo en esta hystoria se contienen muchas e catholicas doctrinas e buenos enxemplos: assi para cavalleros como para las otras personas de cualquier estado. Y esse mesmo se cuentan los señalados fechos en cavalleria de Garfin, e Roboan hijos del cavallero Cifar. En especial se cuenta la historia de Roboan, el qual fue tal cavallero que vino a ser emperador del imperio de Tigrida.* (Al fin): *Fue impressa esta presente historia en Sevilla por Jacobo Cromberger, aleman. E acabosse a IX dias del mes de Juntio año de mill. d. e xii años.* Fol., 100 hojas a dos columnas, letra de Tortis. Valiéndose del ej. mp. ar probablemente único que de esta novela posee la Biblioteca Nacional de París, la reimprimió Enrique Michelant, en Tubinga, 1872 (tomo 113 de la *Bibliothek des Litterarischen Vereins* de Stuttgart). Pero esta reimpresión salió incorrectísima en tal grado, que parece que el editor ignoraba la lengua castellana y ni siquiera sabía disolver las abreviaturas. A cada paso se tropieza con formas tan monstruosas como *muchon* por *mucho*, *fechon* por *fecho* y otros desatinos semejantes. Esperamos que el Sr. Wagner publique pronto una edición crítica y esmerada de tan importante texto.

(3) Véase la descripción del primero en el *Catalogue des Manuscrits espagnols de la Bibliothèque Nationale de Paris* de A. Morel-Fatio (núm. 615). El de nuestra Biblioteca Nacional procede de la de Osuna. Sobre la relación entre los tres textos véase a Wagner en la memoria que citaré inmediatamente.

Doña María, y en Toledo el Arzobispo D. Gonzalo Díaz Palomeque, sobrino del difunto. Entre otros personajes que va citando como asistentes a la traslación figura uno, el Obispo de Calahorra D. Fernando González, que murió antes de 1305. Con esto tenemos la fecha aproximada del fúnebre viaje, y también la de *El Caballero Cifar*, cuyo autor, que bien pudiera ser el mismo Ferrand Martínez, arcediano de Madrid en la iglesia de Toledo, tuvo el raro capricho de anteponer esta relación a la historia de aquel caballero, la cual suponía trasladada de caldeo en latín y de latín en romance. El impresor de Sevilla suprimió el prólogo, sin duda por considerarle impertinente al propósito de la fábula; pero recalca mucho la antigüedad de la obra, que con efecto se manifiesta en el lenguaje, contemporáneo del de D. Juan Manuel, aunque mucho más rudo y pobre de artificio: «Puesto que el *stilo della sea antiguo*, empero no en menos deue ser tenida: que aunque tengan el gusto dulce con el estilo de los modernos, no de vna cosa sola gozan los que leen los libros e historias.

Por donde las tales obras son traydas en vilipendio de los grosseros. Assi que si de *estilo moderno* esta obra carece, aprouechar se han della de las cosas hazañosas e agudas que en ella hallarán, y de buenos enxemplos: e supla la buena criança de los discretos... las faltas della e *rancioso estilo*, considerando que la intención suple la falta de la obra».

El título verdadero y completo de tan peregrino libro es: *Historia del Cavallero de Dios que avia por nombre Cifar, el qual por sus virtuosas obras e hazañosas cosas fue rey de Menion*. Pero no sólo se cuentan sus hechos, sino también los de sus hijos Garfin y Roboan, el segundo de los cuales «vino a ser emperador de Tigrida». El título de *Cavallero de Dios* parece que anuncia un libro de caballerías a lo divino, genero que abundó tanto en la literatura del siglo XVI, pero no lo es enteramente el *Cifar*, aunque encierra «muchas e catholicas doctrinas e buenos enxemplos, assi para cavalleros como para las otras personas de cualquier estado». Contiene además elementos de procedencia hagiográfica, y el hecho mismo de hacer a Cifar natural de la India revela la influencia del *Barlaam y Josafat*, que veremos confirmada luego en las parábolas. Pero en conjunto el *Cifar* no es libro de caballerías espirituales, sino mundanas, si bien recargado en extremo de máximas, sentencias y documentos morales y políticos, que le dan una marcada tendencia pedagógica y le afilian hasta cierto punto en el género que Amador de los Ríos llamaba *didáctico-simbólico*.

La composición de esta novela extrañísima, y son tantos y tan heterogéneos los materiales que en ella entraron, no fundidos, sino yuxtapuestos, que puede considerarse como un *specimen* de todos los géneros de ficción y aun de literatura doctrinal que hasta entonces se habían ensayado en Europa. Tiene, por tanto, capital importancia el estudio de sus fuentes, como acaba de mostrarlo en una excelente y erudita memoria el joven profesor norteamericano Carlos Felipe Wagner (1).

Para orientarse en el enmarañado laberinto del *Cifar*, hay que distinguir tres cosas: la acción principal de la novela, la parte didáctica y *paremiológica* y los cuentos, apólogos y anécdotas que por todo el libro van interpolados.

La fábula principal, que es muy desordenada e incoherente, reproduce, aunque con notables variantes, una de las leyendas piadosas más populares en la Edad Media, la de San Eustaquio o Plácido, narración de origen griego, que, popularizada en Occidente por el *Speculum Historiale* de Vicente de Beauvais, por la *Leyenda Aurea* y por el *Gesta*

(1) *The Sources of el Cavallero Cifar* (*Revue Hispanique*, tomo X, 1903).

Romanorum, fué vertida desde el siglo XIII en todas las lenguas principales de Europa. Ya hemos tenido ocasión de mencionar la traducción castellana publicada por Knust, que probablemente es anterior a *El Caballero Cifar* (1).

La historia de Plácido, aunque escrita con intento piadoso, pertenece al género de las novelas de aventuras y de reconocimientos, cuyo más antiguo tipo cristiano son las *Clementinas*. Fácil era, por consiguiente, secularizarla cambiando los nombres de los personajes y algunas peripecias de la fábula, y esto fué lo que hizo el autor del *Cifar*, convirtiendo al Santo en caballero andante, pero sin borrar las huellas de la obra primitiva, que está recordada expresamente en el capítulo 42. Cuando el caballero Cifar se ve separado de su mujer y de sus hijos hace una fervorosa oración, rogando a Dios que torne a reunirle con su familia, así como había reunido «a Eustachion e Teospita, su muger, e sus fijos Agapito e Teospito». Expondremos rápidamente la marcha de los acontecimientos:

Aunque el caballero Cifar era muy valeroso y de buen consejo, hubo de incurrir en la indignación del rey de la India por malas artes de los envidiosos y por cierta mala estrella suya que hacía muy costosos sus servicios militares, pues tenía la rara desventura de no haber caballo ni bestia alguna que no se le muriese o desgraciase al cabo de diez días. Por tal razón, él, la buena dueña Grima, su mujer, y sus dos hijos vivían en gran pobreza y alejamiento de la corte, en la cual prevalecían tanto los malsines, que el rey dejó de llamarle para las guerras, a pesar de su grande esfuerzo y reconocida pericia. Cifar se afligía mucho con esto, y su mujer procuraba consolarle. En recompensa de tal solicitud, se decide el caballero a confiarle un secreto que había recibido de su abuelo a la hora de la muerte; es a saber: que descendía de linaje de reyes, el cual había perdido su estado por la maldad de uno de ellos, y no le recobraría hasta que de su propia sangre naciese otro caballero tan bueno y virtuoso como perverso había sido el rey destronado. Parte por confiar en el cumplimiento de esta profecía, parte por la esperanza de que su abatida fortuna podría mejorarse en tierra extraña, determinan ambos cónyuges abandonar su país. Venden cuanto poseían, convierten sus casas en hospital y emprenden su peregrinación sin más compañía que la de sus dos hijos, de corta edad. A los diez días, precisamente cuando acababa de sucumbir, como era de rigor, el palafreñ que Cifar montaba, llegan a la ciudad de Galapia, que estaba cercada a la sazón por el ejército del conde Roboán, señor de las Torres de Fesán, el cual, empeñado en hacer casar a un su sobrino con la señora de Galapia, la hacía guerra cruda por no querer consentir ella en tal matrimonio. El caballero Cifar se pone al frente de los sitiados, mata al sobrino del conde, hace levantar el cerco de la ciudad, derrota en batalla campal al ejército enemigo, deja mal herido «al señor de la hueste» y hace prisionero a un hijo suyo que, como era «mancebo muy apuesto, e muy bien rrasonado e de buen lugar», cae en gracia a la señora de Galapia, y acaba por casarse con ella, trayéndola en dote la herencia de los estados de su padre. En los tratos y ajustes de la paz y de la boda interviene mucho con su prudente consejo el caballero Cifar, a quien todos colman de honores y agasajos, invitándole para que se quede a morar en aquella tierra. Pero él resueltamente se niega a permanecer más de un mes, y aun en tan breve tiempo todas las alegrías se le acibaran con la inevitable muerte de sus caballos dentro del plazo

(1) A las obras allí citadas sobre este argumento debe añadirse un curioso poema del siglo XVIII: «*El Eustaquio o la Religión Laureada. Poema Épico por el P. Fr. Antonio Montiel, Lector jubilado en su provincia de Menores Observantes de Granada. Málaga, 1796, 2 tomos.*»

fatal de los diez días. Peores aventuras le aguardaban en la prosecución de su jornada. Una leona le arrebató a su hijo mayor Garfin. El otro se le pierde en la ciudad de Falac. Unos marineros, con quienes había concertado el pasaje al reino de Orbin, roban a su mujer y se van mar adentro, dejándole abandonado en la ribera. En tan amargo trance le consuela una voz del cielo: Caballero bueno, non desesperes, ca tu verás de aquí adelante que por cuantos pesares e cuytas te vinieron, que te vernan muchos plaseres e muchas alegrías e muchas onrras; ca non tengas que has perdido la mujer e los hijos, ca todo lo cobrarás a toda tu voluntad». Confortado con estas palabras y encomendándose a Dios, el devoto caballero se aleja de la ciudad, precisamente cuando entraba en ella para buscarle con inútil empeño durante ocho días un burgués de los más ricos y poderosos, que yendo de caza había rescatado al niño robado por la leona, y después había recogido y prohijado también al otro niño perdido en las calles de Falac. Entretanto Grima, invocando el nombre de la Virgen Santísima, se libraba de la brutalidad de los marineros, que, entregados a un diabólico furor, acabaron por matarse unos a otros en fiera contienda sobre su posesión. Entonces la buena dueña «alço los ojos arriba e vido la vela tendida e yva la nave con un viento el mas sabroso que podiese ser, e non yba ninguno en la nave que la guiase, salvo ende vn niño que vido estar encima de la vela muy blanco e muy fermoso e maravillose como se podia tener atan pequeño niño encima de aquella vela; e este niño era Jhesu Christo que le viniera a guiar la nave por ruego de su madre Santa María, ca asy lo avia visto la dueña esa noche en visión. E este niño non se quitaba de la vela de día ni de noche, fasta que la pusso en el puerto do avia de arribar..... E la dueña anduvo por la nave catando todas las cosas que eran en ella, e falló allí cosas muy nobles e de grand precio e mucho oro e mucha plata e mucho aljofar e muchas piedras preciosas e otras mercaderías de muchas maneras, assy que un reyno muy pequeño se ternie por abondado de tal riqueza, entre las quales falló muchos paños tajados e guarnidos de muchas guisas e muchas tocás de dueñas, segund las maneras de la tierra, e bien le asemejó que avie paños e guarnimentos para dosientas dueñas, e maravilló que podrie esto ser, e por tan buena andança como esta alço las manos al Nuestro Señor Dios agradesciendole quanta merced la fisiera, e tomó de aquella ropa que estava en la nave, e fizo su estrado muy bueno en que se posase, e vistiose un par de paños los más onrrados que allí falló e asentose en su estrado e allí rogaba a Dios de noche e de día que oviesse merced della, e le diese buena cima a todo lo que avia començado». Dos meses anduvo sobre la mar, hasta que aportó a la ciudad de Galapia, cuyos reyes la hicieron el más honroso acogimiento, viéndola tan maravillosamente protegida por el auxilio celestial. Allí fundó un monasterio, donde permaneció nueve años, cumplidos los cuales pidió por merced al rey y a la reina que la deixasen tornar a su tierra. El niño Jesús volvió a guiar su nave, y la condujo prósperamente primero a la tierra del rey Ester y luego al reino de Mentón. De este reino era señor entonces el caballero Cifar, después de muchas y muy raras aventuras en que le había acompañado su fiel y sentencioso escudero Ribaldo, figura la más original del libro, en la cual insistiremos después. El rey de Mentón, cercado por el de Ester, había prometido la mano de su hija y la herencia de sus estados a quien hiciese levantar el cerco y le librase de su poderoso enemigo, Cifar lo consigue; parte por la fortaleza de su brazo, parte por las astucias de Ribaldo, mata en sendas lides a dos hijos y a un sobrino del rey de Ester, entra en la ciudad fingiéndose loco, conquista el afecto del rey y de la infanta, se pone al frente de los sitiados y alcanza la más espléndida victoria. Todos le aclaman y comienzan a llamarle «el caballero de

Dios», título con que se le designa en todo lo restante de la novela. El rey le otorga la mano de su hija; pero como era «pequeña de días, la ovo él de atender dos años». Antes de cumplirse, muere el rey su suegro, y el caballero de Dios le sucede en el trono; pero acordándose muy a tiempo de su primera mujer y de sus hijos, hace creer a la Infanta que tenía hecho voto de castidad por dos años para expiar un gran pecado que había cometido. Fácil es adivinar cómo la *Anagnorisis* de los dos esposos por tan largo tiempo separados viene a resolver tan difícil situación. Grima llega al reino de Mentón con propósito de fundar un hospital para «fijosdalgo viandantes». Cifar la reconoció en seguida «e demudosele toda la color, pensando que ella dirie cómo ella era su mujer», lo cual no es indicio de gran ternura conyugal en el «Caballero de Dios». A ella le costó más trabajo reconocer a su marido «porque avie mudado la palabra e non fablava el language que solia, e le avia crecido mucho la barva»; pero cuando llegó a convencerse de que le tenía delante «non se osó descubrir, porque el rrey non perdiese la honra en que estava». La buena dueña funda su hospital, protegida por la reina, que desde su primera entrevista en la iglesia la cobra entrañable afecto. «E la buena dueña estava todo lo mas del día con la rreyna, que non queria oyr misa nin comer fasta que ella viniese; e en la noche yvase para su ospital e todo lo mas de la noche estava en oracion en una capilla que alli avie, e rogava a Dios que antes que muriese le dexasse ver alguno de sus hijos, e señaladamente el que perdiera en la cibdad ribera de la mar: ca el otro que le levara la leona, non avie fiucia ninguna de lo cobrar, ca bien creye que se lo avie comido».

La Providencia había dispuesto las cosas de otro modo, y el deseo de Grima iba a verse cumplido muy pronto, pero no sin exponerla a un nuevo y gravísimo peligro. Sus hijos, educados por el buen burgués que los prohijó, aventajaban a todos los de su edad en los ejercicios caballerescos, en el *bofordar*, en el tiro de la lanza, en la cetrería, en los juegos de tablas y ajedrez; eran de mucho esfuerzo y gran corazón, corteses y mesurados en sus palabras, y ardían en deseos de ser armados caballeros por el rey de Mentón, monarca tan famoso por sus triunfos bélicos como por su santa vida. Se dirigen, pues, a su corte, y son acogidos en el hospital de «fijosdalgo» que dirigía su madre, la cual los reconoce por ciertas palabras y señales, y queda casi amortecida con el gozo de verlos. Cuando torna en sí, comienza a referirse sus aventuras, y la sabrosa plática se alarga tanto que los tres quedan dormidos en la misma cámara hasta la hora de tercia. Así los sorprende el portero que viene de parte de la reina a llamar a Grima para que le acompañe a misa. Lleno de asombro, vuelve a contar a su señora lo que había visto. El rey sorprende a los dormidos, y con gran saña, como hombre fuera de seso, condena a los tres a la hoguera. Pero antes que la bárbara sentencia se cumpla quiere hablar con los dos mancebos, y por las explicaciones que le dan reconoce que son sus hijos. El, por su parte, no les revela el secreto, pero los arma caballeros y les da tierras y vasallos. Su pobre mujer continúa al cuidado del hospital y no sabemos si alguna vez la hubiera reconocido, a no morirse muy oportunamente la reina pocos días antes de cumplirse el plazo del supuesto voto de castidad por dos años. Con esto se allana todo de la mejor manera posible; el caballero de Dios convoca a sus vasallos y les cuenta sus aventuras: todos aclaman a su mujer por reina y a su hijo mayor por heredero del trono.

Tal es, muy en esqueleto, la materia del primer libro de *El Caballero Cifar*, desconatadas las aventuras personales de Garfin y Roboán y del Ribaldo, que deben ser consideradas aparte. El fondo principal de este relato tiene carácter marcadísimo de novela

bizantina, que saltaría a los ojos aunque no conociésemos sus precedentes. Las principales aventuras se reducen a viajes, naufragios, piraterías, pérdidas de niños y reconocimiento de padres, hijos y esposos. Salvo las escenas, harto insignificantes, de los dos sitios de Galapia y de Mentón, poco hay en esta parte del *Cifar* que anuncie la intemperancia belicosa de los libros de caballerías posteriores. Las empresas atribuidas al héroe no traspasan cierto límite que relativamente puede llamarse razonable. Las descripciones de batallas son muy pálidas, y se ve que el autor, que debía de ser hombre de iglesia, da más importancia a las virtudes pacíficas y a la piadosa aunque algo egoísta resignación del *caballero de Dios* que a los tajos y mandobles de su espada. Además, la novela es de una castidad perfecta, solo comparable con la de *El conde Lucanor*.

En todos los puntos capitales (peregrinación de un caballero con su mujer e hijos, pérdida y encuentro de la una y de los otros, aventuras paralelas del marido y de la mujer) conviene el *Cifar* con la leyenda de San Eustaquio; pero no solo difiere en el desenlace, que en la vida del santo es su martirio y el de su familia, y en la crónica del caballero su mayor ensalzamiento y prosperidad mundana, sino que mezcla, como ha mostrado Wagner, episodios y circunstancias de pura invención o tomados de otras fuentes novelescas. La mala estrella que persigue a los caballos de Cifar puede ser ampliación original del novelista sobre el sencillo dato de haber perdido San Eustaquio todos sus caballos en una pestilencia; pero la milagrosa intervención de la Virgen para libertar a Grima de los marineros parece imitada de la *Historia de una Santa Emperatriz que ovo en Roma* (Crescencia) o de una cantiga de Alfonso el Sabio. La situación de Cifar, marido de dos mujeres, pertenece a una leyenda muy conocida, cuya más bella expresión es el *Lai de Eliduc* de María de Francia (1). La promesa que un rey hace de la mano de su hija al vencedor en la guerra o en un torneo es lugar común que se repite en el *Fermoso cuento del Emperador Don Ottus*, y que por raro caso se halla también en la versión inglesa del *Gesta Romanorum* (2), donde *Averroes*, emperador de Roma, pregonaba las justas en que sale vencedor el caballero Plácido (otra variante de San Eustaquio). Son innumerables las versiones del tema de la inocente mujer perseguida y condenada a la hoguera por falsos indicios; pero el cuento que tiene verdadera analogía o más bien identidad con el de Grima y sus hijos es el 36 de *El conde Lucanor* «de lo que contesció a un mercadero, cuando falló a su muger e a su fijo durmiendo en uno».

Con la historia de los hijos de Cifar, Garfin y Roboan, que comienza en el capítulo XCVII del primer libro, penetramos en un mundo enteramente distinto, en el mundo encantado, fantástico y lleno de prestigios, en que se mueven los héroes del ciclo bretón. El contraste no puede ser más grande ni menos hábil la fusión de elementos tan discordes como el bizantino y el céltico. Sublévase el conde Nasón contra su señor el rey; van a combatirle los dos príncipes acompañados del Ribaldo, le vencen y llevan preso a la corte, donde es condenado por traidor, quemado y hecho polvos, los cuales son lanzados en un lago muy hondo. «E quando alli los lançaron, todos los que estavan alli oyeron las mayores bozes del mundo que davan so el agua; mas non podien entender lo que se desie. E assy como començo a bullir el agua, levantose della un viento muy grande a maravilla; de guisa que todos quantos alli estavan cuydaron peligrar e que los derribarie dentro, e fuyeron todos e vinieronse para el rreal, e contaronlo al rey e

(1) En su precioso estudio sobre la leyenda del marido de dos mujeres no menciona Gastón París (*La Poésie du Moyen Age*, 2.^a ser., 1885, pp. 109 y ss.) la versión del *Cifar*.

(2) Vid. Knust, *Dos obras didácticas y dos leyendas*, p. 109.

a todos los otros que maravillaronse mucho dello. E sy grandes maravillas parecieron alli aquel dia, muchas mas parescen y agora, segund cuentan aquellos que las vieron, e disen que oy dia van muchos a ver aquellas maravillas, ca veen alli cavalleros armados lidiando derredor del lago, e veen cibdades e castillos muy fuertes, combatiendo los unos a los otros, e dando fuego a los castillos e las cibdades. E quando se fassen aquellas visiones e van al lago, fallan que está el agua bulliendo tan fuerte que la non osan catar; e al derredor del lago, bien dos *migeros* (millas), es todo ceniza. E a las vegadas, parase alli una dueña muy fermosa en medio del lago, e favelo amansar, e llama a los que estan de fuera por los engañar, assi como aconteció a un cavallero que fue a ver estas maravillas, que fue engañado desta guisa.

Y aquí comienza la peregrina y sabrosa historia de la Dama del Lago, de la qual, por ser la más antigua de su género escrita en nuestra lengua, daremos un extracto:

«Dise el cuento que un cavallero del rreyno de Panfilia oyó desir destas maravillas que parescien en aquel lago e fuelas a ver; e el cavallero era muy syn miedo e muy atrevido, ca non dubdara de provar las maravillas e aventuras del mundo e por esto avie nonbre *el Cavallero atrevido*, e mandó fincar una su tienda cerca de aquel lago e alli se estava de dia e de noche, veyendo aquellas maravillas... Assi que un dia pareció en aquel lago una dueña muy fermosa, e llamó al cavallero, e el cavallero se fue para ella... E ella le dixo que el omen del mundo que ella mas querie e mas amava que era a él, por el grand esfuerço que en él avie, e que non sabie en el mundo cavallero tan esforçado como él. E el cavallero, quando estas palabras oyó, semejole que mostrarie covardia sy non fisiese lo que ella queria; e dixole assi: «Señora, sy esta agua non fuese mucho más fonda, llegaria a vos.—Non está fonda, dixo ella, ca por el suelo ando, e non me da el agua synon fasta el tovillo». E ella alçó el pie del agua e mostró gelo; e al cavallero semejole que nunca tan blanco nin tan fermoso ni tan bien fecho pie viera como aquel, e cuydando que todo lo al se sigue asy segund aquello que parescie, llegose a la orilla del lago, e ella lo fue tomar por la mano, e dio con él dentro en aquel lago, e fuelo a levar por el agua, fasta que lo abaxó ayuso, e metiolo en una tierra muy estraña. E segund que a él le semejava, era muy fermosa e muy viciosa, e vido alli muy gran gente de cavalleros e de otros muchos omes que andavan por toda aquella tierra muy estraña, però que no le fablaba ninguno dellos, nin le desia ninguna cosa, por la qual razon él estava muy maravillado (cap. CX).

Antes que llegasen a la cibdad, salieron a ellos muchos cavalleros e otra gente a los recibir con muy grandes maravillas e alegrías, e dieronles sendos palafrenes enlados e enfrenados muy noblemente, en que fuesen; e entraron en la cibdad e fueronse a los palacios do moraba aquella dueña, que eran muy grandes e muy fermosos; ca asy le parecieron aquel cavallero tan noblemente obrados, que bien le semejava que en todo el mundo non podrien ser mejores palacios nin más nobles, nin mejormente obrados que aquellos; ca encima de las coberturas de las casas parescie que avie rrubies e esmeraldas e çafires, todos fechos a un talle o tan grandes como la cabeça de un ome; en manera que de noche asy alumbravan todas las cosas, que non avie camara nin logar por apartado que fuese que tan lumbroso non fuese como sy estuviese lleno de candelas. E fueronse a posar el cavallero e la dueña en un estrado muy alto que les avien fecho de paños de seda e de oro muy nobles; e alli vinieron delante dellos muchos condes e muchos duques... e otra mucha gente, e fueron besar la mano al cavallero por mandamiento de la dueña; e rescibieronlo por señor. E de sy fueron puestas

tablas por todo el palacio, e delante dellos fue puesta una mesa la mas noble que omen podie ver, ca los pies della eran todos de esmeraldas e de çafires e de rrubies; e eran tan altos como un cobdo o mas, e toda la tabla era de un rrubí, e tan claro era que non parescia synon una brasa. E en otra mesa apartada avie y muchas copas e muchos vasos de oro, muy noblemente obrados e con muchas piedras preciosas, asy que el menor dellos non lo podrien comprar los mas ricos tres reyes que oviese en aquella comarca; e atanta era la baxilla que alli era, que todos quantos cavalleros comien en aquel palacio, que era muy grande, comien en ella. E los cavalleros que alli comien eran dies mil; e bien semejó al cavallero que sy él tantos cavalleros toviese en su tierra e tan bien guisados como a él parescien, que non avrie rey; por poderoso que fuese, que lo podiese sofrir, e que podrie ser señor de todo el mundo. E alli les truxieron manjares de muchas maneras adobados, e trayanlos unas doncellas las mas fermosas del mundo e muy noblemente vestidas... però que non fablavan nin desien ninguna cosa. E el cavallero se tovo por muy rico e por muy bien andante con tales cavalleros e con tanta rriqueza que vido ante sy, però tenia por muy estraña cosa non hablar ninguno, ca tan callando estavan, que non semejava que en todos los palacios ome oviese; e por ende non lo pudo sofrir e dixo: «Señora, qué es esto? ¿por qué non fabla esta gente?—Non vos maravilledes, dixo la dueña, ca costumbre es desta tierra, ca quando alguno rresciben por señor, fasta siete semanas non han de hablar, e non tan solamente al señor mas uno a otro; mas deven andar muy omildosos delante de su señor, e serle mandados en todas las cosas del mundo quales les él mandare. E non vos quexedes, ca quando el plaso llegare, vos veredes que ellos hablarán mas de quanto vos querredes; però quando les mandaredes callar, callarán, e quando les mandaredes hablar, hablarán, e asy en todas las otras cosas que quisieredes». E de que ovieron comido, levantaron las mesas muy *loste*, e alli fueron llegados muy grand gente de juglares; e unos tocavan estrumentos e los otros saltavan; e los otros subian por el rrayo del sol a las finiestras de los palacios que eran muy altos, e descendien por él, asy como sy descendiesen por cuerda, non se fassen ningun mal. «Senhora, dixo el cavallero, ¿qué es esto que aquellos omes suben tan ligeramente por el rrayo de aquel sol e descenden?» Dixo ella: «Ellos saben todos los encantamentos para faser todas estas cosas e mas. E non seades tan quexoso para saber todas las cosas en una ora, mas ved e callad; asy podredes aprender mejor las cosas; ca las cosas que fueron fechas en muy grand tiempo e con muy grand estudio, non se pueden aprender en un dia (cap. CXII).

De que fue ya anocheado, fueronse todos aquellos cavalleros de alli e todas las doncellas que alli servien, salvo dos; e tomaron por las manos la una al cavallero, e la otra a la señora, e levaronlos a una camara que estava tan clara como si fuese de dia por los rrubies que estaban alli engastonados encima de la camara; e echaronlos en una cama tan noble que en el mundo non podie ser mejor, e ssalieronse luego de la camara, e cerraron las puertas, asy que esa noche fue la dueña en cinta. E otro dia, en la mañana fueron alli las doncellas, e dieronles de bestir, e luego en pos desto agua a las manos en sendos bacines amos a dos de finas esmeraldas e los aguamaniles de sendos rrubies; e de sy vinieronse para el palacio mayor, e asentaronse en rico estrado, e venien delante dellos muchos trasechadores que plantavan arboles en medio del palacio, e luego nacen e florecien e crecien e levaban fruta; del qual fruto cogian las doncellas, e trayan en sendos bacines dello al cavallero e a la dueña. E creye el cavallero que aquella fruta era la mas fermosa e la mas sabrosa del mundo. «¡Valme Nuestro Señor, qué extrañas cosas ay en esta tierra! dixo el cavallero.—Cierto sed, dixo la dueña, que mas extrañas las vere-

des, ca todos los árboles de aquesta tierra e las yervas nacen e florecen e dan fruto nuevo de cada día; e las otras reses paren a los siete días.—¿Cómo? dixo el cavallero, señora, puesto que vos soes en cinta, ¿a siete días avredes fruto?—Verdad es, dixo ella.—Bendita sea la tierra, dixo el cavallero, que tan ayna lieva fruto e tan abundada es de todas las cosas». E asy pasaron su tiempo muy viciosamente, fasta los siete días que parió la dueña un hijo, e dende a otros syete días fue tan grande como su padre. «Agora veo, dixo el cavallero, que todas las cosas crecen aqui a desora: mas maravillome por qué lo fase Dios mas en esta tierra que en otra». E pensó en su coraçon de yr a andar por la cibdat por preguntar a otros qué podrie ser esto, e dixo: «Señora, sy lo por bien tovieredes, cavalgaríamos yo e este mi hijo conmigo, e yriamos andar por esta tan noble cibdat por la mirar que tan noble es.—«Mucho me place que vayades, dixo la dueña» (cap. CXIII).

En este paseo por la ciudad, el *Caballero atrevido* no sólo quebranta el juramento que había hecho a la dama del lago de no dirigir la palabra a ninguna dueña, sino que comienza a requerir de amores a una que le parece más hermosa que su señora. Al enterarse ésta de tal perfidia, «fue la mas sañosa cosa e la mas ayrada del mundo contra él; e asentose a un estrado e tenie el un braço sobre el conde Nason, al qual dio por traydor el rey de Mentón, e el otro sobre su bisauuelo que fuera dado otrosy por traydor... E quando entraron el cavallero e su hijo por la puerta, en sus palafrenes, vieron estar en el estrado un diablo muy feo e muy espantable, que tenie los braços sobre los condes, e parecia que les sacava los coraçones e los comie. E dio un grito muy fuerte e dixo: «Vete, cavallero loco e atrevido, con tu hijo e sal de la mi tierra, ca yo soy la señora de la traycion». E fue luego fecho un gran terremoto que le semejó que todos los palacios e la cibdat se venien a la tierra; e tomó un viento torbellino al cavallero e a su hijo, que bien por alli por do descendio el cavallero por alli los subio muy de rresio, e dio con ellos fuera del lago, cerca de la su tienda. E este terremoto syn-tieron bien a dos jornadas del lago, de guisa que cayeron muchas torres e muchas casas en las cibdades e en villas e en los castillos» (cap. CXVI).

El maltrecho caballero y su diabólico hijo fueron recogidos por sus escuderos en la tienda que habían plantado cerca del lago, pero los dos palafrenes en que venían montados se sumergieron en las pestilentes aguas de aquel mar muerto: «el uno en semejança del puerco, e el otro en semejança de cabra, dando las mayores bozes del mundo». Al niño, que ya era mayor que su padre, «acordaron de lo bautisar, e pusieron el nombre *Alberte diablo*, e este fue muy buen cavallero de armas, e muy atrevido e muy syn miedo en todas las cosas, ca non avie en el mundo en que dubdase e que non acometiese. E deste linaje hay hoy día cavalleros en aquel reino de Panfilia mucho endiablados e muy atrevidos en sus fechos» (cap. CXVII).

Alguna reminiscencia de la leyenda de *Roberto el diablo* puede reconocerse en este final. En cuanto a la tradición de la Dama del Lago pertenece al fondo común de la mitología céltica, y está emparentada con otras creencias supersticiosas que a cada paso se encuentran en el *folk-lore* de toda Europa, sin excluir el de España (las *xanas* de Asturias, las moras encantadas, etc.). Las maravillas del sulfúreo lago recuerdan, por otra parte, el cuento del joven sultán de las Islas Negras en *Las Mil y una noches*, donde se habla de una ciudad sumergida, cuyos habitantes se habían convertido en pescados, y una leyenda de Frisia, en que se supone que la ciudad de Staverne padeció el mismo castigo por su soberbia, y que cuando la mar está tranquila, se oye todavía el son de sus campanas tocadas por los peces. Pero el pasaje más curioso, porque en España fué escrito seguramente y a España se refiere, es el del capítulo III del pseudo Turpin, que

contiene una especie de geografía de la Península, enumerando las villas y lugares que según el fabuloso cronista conquistó Carlo-Magno. Entre ellas se cita una llamada Lucerna, situada *in valle viridi* (Valverde), la cual por mucho tiempo se resistió a las armas del Emperador, hasta que, invocando éste la protección de Dios y del Apóstol Santiago, cayeron los muros por tierra y la ciudad quedó desolada hasta el día de hoy, ocupando su centro una gran laguna de pestíferas aguas, llena de peces negros (1).

Pero si en los pormenores de esta leyenda puede encontrarse algo que no corresponde peculiarmente al ciclo bretón, el colorido general de la historia del *Caballero Atrevido* es el de los cuentos de la Tabla Redonda, y no hay duda posible respecto a la historia de Roboam, hijo menor de Cifar, que forma por sí sola el libro tercero de tan voluminosa novela. Sería fatigoso detallar las proezas que lleva a cabo en el reino de Pandulfa, en el condado de Turbia, y finalmente en el imperio de Tigrida, cuyo dominio obtiene con la mano de la emperatriz. Pasaremos por alto sus victorias sobre el rey de Grimalet y el de Bres en defensa de la infanta Seringa; la pasión, mal correspondida al principio, que por él siente esta dama, y las pláticas de honesta tercería en que interviene la discreta viuda Gallarda. Pero no podemos menos de mencionar el extraño episodio del emperador de Tigrida, que no se reía nunca, y a quien le preguntaba la causa de no reirse mandaba cortar la cabeza, si bien con Roboam mostró más clemencia, por el mucho amor que le tenía, contentándose con desterrarle. Baist ha conjeturado que este episodio, que se encuentra también en cuentos populares de varias naciones, puede proceder de un *lai* francés de *Tristan qui onques ne risi*, del cual sólo se conserva el título. Todo el fantástico relato de las *insulas dotadas* (es decir, *afortunadas*) entra de lleno en la materia de Bretaña, y el autor no disimula su origen. La emperatriz *Nobleza*, señora de aquellas insulas, había tenido por madre a «la *Señora del Parecer*, que fue a salvar e guardar del peligro muy grande a *Don Juan*, hijo del rey *Orian*, segund se cuenta en la su estoria, quando *Don Juan* dixo a la reyna *Ginebra* que él avie por señora una dueña mas hermosa que ella, e evose de parar la pena que el fuero de nuestra tierra manda, sy no le provase, segund era costumbre el reino. ¿E quien fue su padre? dixo el Infante.—Señor, *Don Juan* fue casado con ella, segun podredes saber por el libro de la su estoria, sy quisierdes leer por él... E la doncella lleuaba el libro de la estoria de *Don Juan*, e començo a leer en él; e la donzella leye muy bien e muy apuestamente e muy ordenadamente de guissa que entendie el infante muy bien todo lo que ella leye, e tomava en ello muy grande plazer e grand solaz; ca çierta mente, non ha omen que oye la estoria de *Don Juan* que non rresciba ende muy grand plazer por las palabras muy buenas que en él dise, e todo omen que quisiere aver solaz e plazer, e aver buenas costumbres, deue leer el libro de la estoria de *Don Juan*».

¿Cuál sería esta ponderada historia de Don Juan? Aunque este nombre parece corresponder al *Ivain* de la Tabla Redonda, la aventura que el autor del *Cifar* le atribuye no pertenece a él, sino a otro paladín bretón. *Lanval* (héroe de uno de los *lais* de María de Francia), según observan Baist y Wagner. Hay aquí, por tanto, una confusión, derivada quizá de que el autor citaba de memoria su fuente. Otra mención expresa de las novelas

(1) *Omnes praefatas urbes, quasdam scilicet sine pugna, quasdam vero cum magno bello et maxima arte, Karolus tunc acquisivit, praeter praefatam Lucernam, urbem munitam, quae est in valle viridi, quam capere usque ad ultimum nequivit. Novissime vero venit ad eam et obsedit eam, et sedit circa eam quatuor mensium spatio, et facta prece Deo et Sancto Jacobo ceciderunt muri eius, et est deserta usque in hodiernum diem.*

(Véase el comentario geográfico que sobre este pasaje hace Dozy en la tercera edición de sus *Recherches*, II, 384-385).